

Actitud ventajista del gobierno al evitar la paridad del peso con el dólar

Por ENRIQUE GUARNER

SIN temor a equivocarnos podemos afirmar que las devaluaciones a las que en los últimos 23 años hemos sido sometidos han desencadenado el estancamiento y la decadencia del país. Fundamentalmente la pérdida de valor del peso se ha originado por el excesivo gasto público del gobierno y las frecuentes disminuciones en las reservas del Banco de México, el cual depende por entero del Estado, y la prueba la tenemos en que el que fuera secretario de Hacienda es ahora su director.

La triste realidad es que cuando el que esto escribe llegó a México en 1942 la unidad monetaria se mantenía en una relación de 4.85 por dólar. Han transcurrido 56 años y su correspondencia es que diez mil trescientos pesos equivalen a un dólar norteamericano, puesto que arbitrariamente y para disfrazar la situación se le han quitado tres ceros al peso. Todas las devaluaciones han sido verdaderas catástrofes económicas, creando mayor pobreza y el consiguiente descenso en el poder adquisitivo, que viene siendo menos de la mitad del que existía en 1975, cuando la megalomanía de Luis Echeverría multiplicó en el doble el número de funcionarios públicos.

Podríamos incluso decir, que solamente se han salvado equilibrando sus finanzas aquellos que sacaron el dinero de México, convirtiéndolo en alguna divisa sólida que mantenga su cotización. Nadie sabe con certeza la cantidad de lo que aquí se ganó y fue trasladado al extranjero, especialmente Estados Unidos, donde permanece inmune al terrible impuesto al que se grava al peso con una devaluación. Dificilmente puede culparse a quien realizó este tipo de operación, porque pensó en sus hijos y descendientes. Bastará con un ejemplo que ya he repetido con anterioridad para demostrar lo que sostengo. Mi padre me legó después de trabajar 40 años en México 17 mil dólares que fueron transformados en pesos por López Portillo y bajo el gobierno de De la Madrid convertidos en el equivalente a mil quinientos dólares.

Por todo lo anterior los que invirtieron su dinero en el extranjero lo protegieron de gobernantes ineptos, incapaces de entender que no

se puede gastar lo que no se tiene. La suma de dinero enviada por mexicanos a otros países ha sido calculada en forma diferente y algunos la llegan a colocar en 220 mil millones de dólares, mientras otros la catalogan en 37 mil millones, cifra que no es despreciable y que sí alarma a cualquiera.

Sin embargo, lo que tenemos que asegurar es que a menos de que a esos capitales se les ofrezca confianza y certidumbre de que serán respetados en su justo valor, resulta imposible que regresen a México.

Fue la razón anterior la que hizo que el Centro de Estudios Económicos del Sector Privado, haya propuesto con toda razón el que se adopte una divisa extranjera sólida para las transacciones que se verifiquen en el país. En otras palabras se debería de llevar a cabo una unión monetaria con Canadá y Estados Unidos, naciones integradas en el TLC con México. De esta manera se afinaría la absoluta estabilidad del poder adquisitivo deteniendo la inflación. Asimismo disminuirían las tasas de interés, que aunque fueran un poco más altas que en los países nombrados no provocarían la absurda situación que estamos viviendo, donde quien tiene algo de dinero en el banco gana muchísimo más con el rendimiento de ese capital que trabajando continuamente.

Tampoco puede haber duda de que el parcial regreso de una parte de lo invertido en el extranjero tenderá a reactivar la economía, aumentando ligeramente los salarios y el poder adquisitivo. Lógicamente esto último no alcanzará al que existe en los países dominantes, pero dará confianza en el mexicano si el proceso queda inscrito dentro de la Constitución.

Viendo las ventajas señaladas tiene uno inmediatamente que preguntarse: ¿Quién se opone al establecimiento de una paridad entre el peso y el dólar? La respuesta es: NO LE CONVIENE AL GOBIERNO. La razón se deriva de que si se estableciera la administración ya no podría disponer a su antojo de los 950 mil millones de pesos (100 mil millones de dólares) que utiliza en el gasto público. Este dinero es colectado a través de los impuestos, el petróleo y la electricidad y sin embargo, a pesar de esta estra-tófica cantidad el gobierno presenta déficit y se endeuda sin remedio.

Piénsese simplemente que si los 100 mil millones de dólares fueran equitativamente distribuidos entre el 34% de la población sobre del país, le tocarían anualmente a cada habitante tres mil dólares y si una familia tuviera seis miembros dispondría de nada menos que 18 mil dólares, la cual le colocaría casi al mismo nivel que el de la mayoría de los países europeos.

Por supuesto que esa cantidad de dinero de la que dispone el gobierno se maneja de otro modo y sólo tendremos que fijarnos en los escandalosos sueldos y gastos de nuestros altos funcionarios que se quedan con una buenísima parte del presupuesto del país.

Para mantener sus privilegios nuestros gobernantes acuden al viejo y trillado argumento de la mal llamada soberanía nacional, concepto de una vaguedad extraordinaria, porque la misma debería de tener como finalidad mejorar la sociedad en cual se vive, garantizando el progreso económico de los ciudadanos y el famoso bienestar para la familia. En otras palabras, es una demagogia sin medida la que ha mantenido al pueblo bajo el control de un grupo minúsculo que devalúa la moneda constantemente porque así dispone de su astronómico presupuesto. Además al endeudarse sin medida se hipoteca la soberanía del país, el cual nunca cuenta con una vigilancia del gasto público.

Con lo expresado en este artículo podemos concluir que el gobierno tiene una actitud cínica, ventajista y llena de egoísmo, porque al colocar una paridad, el gasto público quedaría controlado y posiblemente se detendría la corrupción. El igualar una moneda a una determinada divisa internacional ni siquiera es algo nuevo, puesto que desde abril de 1991 el ministro argentino de finanzas Emanuel Carballo la aplicó con éxito y desde ese momento se detuvieron la fuga de capitales y los habitantes viven tranquilos sin sobresaltos y sin mirar todos los días la primera página del periódico para enterarse de que sus ahorros están perdiendo su valor. Bajo un régimen monetario unificado las finanzas públicas, aunque no les guste a nuestros gobernantes, se mantendrían sin déficit y México que en desarrollo humano de acuerdo con cifras de la ONU, ocupa el 49 del mundo pasará a un lugar mejor.

Actitud ventajista del gobierno al evitar la paridad del peso con el dólar

Por ENRIQUE GUARNER

SIN temor a equivocarnos podemos afirmar que las devaluaciones a las que en los últimos 23 años hemos sido sometidos han desencadenado el estancamiento y la decadencia del país. Fundamentalmente la pérdida de valor del peso se ha originado por el excesivo gasto público del gobierno y las frecuentes disminuciones en las reservas del Banco de México, el cual depende por entero del Estado, y la prueba la tenemos en que el que fuera secretario de Hacienda es ahora su director.

La triste realidad es que cuando el que esto escribe llegó a México en 1942 la unidad monetaria se mantenía en una relación de 4.85 por dólar. Han transcurrido 56 años y su correspondencia es que diez mil trescientos pesos equivalen a un dólar norteamericano, puesto que arbitrariamente y para disfrazar la situación se le han quitado tres ceros al peso. Todas las devaluaciones han sido verdaderas catástrofes económicas, creando mayor pobreza y el consiguiente descenso en el poder adquisitivo, que viene siendo menos de la mitad del que existía en 1975, cuando la megalomanía de Luis Echeverría multiplicó en el doble el número de funcionarios públicos.

Podríamos incluso decir, que solamente se han salvado equilibrando sus finanzas aquellos que sacaron el dinero de México, convirtiéndolo en alguna divisa sólida que mantenga su cotización. Nadie sabe con certeza la cantidad de lo que aquí se ganó y fue trasladado al extranjero, especialmente Estados Unidos, donde permanece inmune al terrible impuesto al que se grava al peso con una devaluación. Dificilmente puede culparse a quien realizó este tipo de operación, porque pensó en sus hijos y descendientes. Bastará con un ejemplo que ya he repetido con anterioridad para demostrar lo que sostengo. Mi padre me legó después de trabajar 40 años en México 17 mil dólares que fueron transformados en pesos por López Portillo y bajo el gobierno de De la Madrid convertidos en el equivalente a mil quinientos dólares.

Por todo lo anterior los que invirtieron su dinero en el extranjero lo protegieron de gobernantes ineptos, incapaces de entender que no

se puede gastar lo que no se tiene. La suma de dinero enviada por mexicanos a otros países ha sido calculada en forma diferente y algunos la llegan a colocar en 220 mil millones de dólares, mientras otros la catalogan en 37 mil millones, cifra que no es despreciable y que sí alarma a cualquiera.

Sin embargo, lo que tenemos que asegurar es que a menos de que a esos capitales se les ofrezca confianza y certidumbre de que serán respetados en su justo valor, resulta imposible que regresen a México.

Fue la razón anterior la que hizo que el Centro de Estudios Económicos del Sector Privado, haya propuesto con toda razón el que se adopte una divisa extranjera sólida para las transacciones que se verifiquen en el país. En otras palabras se debería de llevar a cabo una unión monetaria con Canadá y Estados Unidos, naciones integradas en el TLC con México. De esta manera se afincaría la absoluta estabilidad del poder adquisitivo deteniendo la inflación. Asimismo disminuirían las tasas de interés, que aunque fueran un poco más altas que en los países nombrados no provocarían la absurda situación que estamos viviendo, donde quien tiene algo de dinero en el banco gana muchísimo más con el rendimiento de ese capital que trabajan continuamente.

Tampoco puede haber duda de que el parcial regreso de una parte de lo invertido en el extranjero tenderá a reactivar la economía, aumentando ligeramente los salarios y el poder adquisitivo. Lógicamente esto último no alcanzará al que existe en los países dominantes, pero dará confianza en el mexicano si el proceso queda inscrito dentro de la Constitución.

Viendo las ventajas señaladas tiene uno inmediatamente que preguntarse: ¿Quien se opone al establecimiento de una paridad entre el peso y el dólar? La respuesta es: NO LE CONVIENE AL GOBIERNO. La razón se deriva de que si se estableciera la administración ya no podría disponer a su antojo de los 950 mil millones de pesos (100 mil millones de dólares) que utiliza en el gasto público. Este dinero es colectado a través de los impuestos, el petróleo y la electricidad y sin embargo, a pesar de esta estratosférica cantidad el gobierno presenta déficit y se endeuda sin remedio.

Piénsese simplemente que si los 100 mil millones de dólares fueran equitativamente distribuidos entre el 34% de la población sobre del país, le tocarían anualmente a cada habitante tres mil dólares y si una familia tuviera seis miembros dispondría de nada menos que 18 mil dólares, la cual le colocaría casi al mismo nivel que el de la mayoría de los países europeos.

Por supuesto que esa cantidad de dinero de la que dispone el gobierno se maneja de otro modo y sólo tendremos que fijarnos en los escandalosos sueldos y gastos de nuestros altos funcionarios que se quedan con una buenísima parte del presupuesto del país.

Para mantener sus privilegios nuestros gobernantes acuden al viejo y trillado argumento de la mal llamada soberanía nacional, concepto de una vaguedad extraordinaria, porque la misma debería de tener como finalidad mejorar la sociedad en cual se vive, garantizando el progreso económico de los ciudadanos y el famoso bienestar para la familia. En otras palabras, es una demagogia sin medida la que ha mantenido al pueblo bajo el control de un grupo minúsculo que devalúa la moneda constantemente porque así dispone de su astronómico presupuesto. Además al endeudarse sin medida se hipoteca la soberanía del país, el cual nunca cuenta con una vigilancia del gasto público.

Con lo expresado en este artículo podemos concluir que el gobierno tiene una actitud cínica, ventajista y llena de egoísmo, porque al colocar una paridad, el gasto público quedaría controlado y posiblemente se detendría la corrupción. El igualar una moneda a una determinada divisa internacional ni siquiera es algo nuevo, puesto que desde abril de 1991 el ministro argentino de finanzas Emanuel Carballo la aplicó con éxito y desde ese momento se detuvieron la fuga de capitales y los habitantes viven tranquilos sin sobresaltos y sin mirar todos los días la primera página del periódico para enterarse de que sus ahorros están perdiendo su valor. Bajo un régimen monetario unificado las finanzas públicas, aunque no les guste a nuestros gobernantes, se mantendrían sin déficit y México que en desarrollo humano de acuerdo con cifras de la ONU, ocupa el 49 del mundo pasará a un lugar mejor.